

indígena, ya que solamente este último se fracciona en diversidad de tribus, bien diferenciadas entre sí. Para nuestro objeto, y desde el punto de vista general que informa este trabajo, la intervención del factor humano en la obra industrial determina su división en dos clases, distinta una de otra por la índole de su tarea: la trabajadora y la directora, el bracero y el empresario, la primera formada por el grupo indígena y la segunda por el criollo y el mestizo.

El breve examen de los caracteres y aptitudes, así físicas como intelectuales, que distinguen á los individuos que componen esas clases, dará prontamente á conocer si ellas realizan de un modo completo las funciones que la evolución económica les ha encomendado, ó si aparece alguna pérdida en el funcionamiento de la energía social.

La máquina industrial moderna, fundada en la ley progresista de la economía de las fuerzas, no ha logrado suprimir la intervención del vigor humano. Ha ampliado, es verdad, el ejercicio de las facultades mentales, pero dejando en pie una parte irreductible de esfuerzo muscular. Dos son, pues, las condiciones que debe satisfacer el obrero industrial para el perfecto cumplimiento de su tarea: resistencia física y aptitud intelectual.

¿Hasta qué grado llenan estas dos condiciones nuestras clases trabajadoras?

El vigor del indígena para soportar determinadas formas del gasto de fuerzas,—las fatigas de una larga jornada, por ejemplo,—no es una prueba de su energía física en la obra industrial. Los datos que se poseen dejan, por lo contrario, establecida la debilidad del trabajador mexicano.

Esta debilidad se valoriza por el menor número de unidades de trabajo que rinde el obrero mexicano, en comparación con las que arroja el de otras naciones, en la misma tarea. En una investigación acerca de la materia, se ha dejado establecido que, si un obrero francés puede atender á cuatro telares, un belga á cinco y un inglés hasta seis y ocho, un mexicano llega á dos como *máximum*. Y así debía ser, porque la depresión de la raza indígena es una consecuencia necesaria, fatalmente necesaria, no sólo de la hostilidad del medio en las primeras etapas de la agregación, sino de las condiciones en que históricamente ha evolucionado.

Los antecedentes de su agotamiento muscular están en su falta de alimentación durante las primitivas peregrinaciones, en su sujeción á las clases opresoras antes de la conquista, en el yugo en que bajo de ésta y aun después ha yacido; en su nutrición incompleta, en su educación en la servidumbre, causas todas que la tienen enclavada en una cruz irredenta.

La esclavitud es una mala escuela de trabajo; el hombre á quien el látigo sacude de las postraciones del hambre, acaba por sentir en su ser la irremediable pereza del vencido. La ley escrita podrá hacerle libre, pero otra ley superior, porque emana de todo lo que le rodea, lo condena sin apelación á su atávica somnolencia.

Y ahí también, en esos orígenes, hace falta ir á buscar los huecos que se abren en el fondo intelectual de esta raza.

Si su abatimiento es un efecto de las causas que han determinado su sumisión, su poca amplitud de miras es una consecuencia de las estrechas condiciones de su vida. Su falta de aspiraciones, su estoicismo para soportar la condición más miserable, sintetiza toda su historia. Acostumbrado á marchar con un guía, ya sea que éste lo ampare ó lo hostilice, es, en el trabajo, un excelente imitador, cuidadoso y paciente, sin intentar jamás simplificar la tarea, que acepta con buena voluntad, aunque sin entusiasmo. Sin aptitudes imaginativas ni educación preliminar, como aislado en un ensueño melancólico, el trabajador indígena no puede llegar á ser un artista, como lo es en ocasiones el obrero europeo, ni menos un fabricante de productos en grandes cantidades, como lo es el americano.

Tales son las características de la primera de las dos clases que intervienen en la obra industrial.

La función del empresario reclama sólidas aptitudes: espíritu de iniciativa, educación técnica, gran energía de carácter, entre otras, que nuestros dos grupos directores, el mestizo y el criollo, están muy lejos de alcanzar. Alamán y Mora, más penetrante acaso el primero que el segundo, de más alto criterio éste que aquél, han dejado trazadas instructivas páginas acerca del valor intelectual y moral de ambos

grupos como elementos del desenvolvimiento patrio. En los componentes de estos caracteres se encuentra la explicación de toda nuestra historia.

El criollo mexicano, hijo del primitivo emigrante europeo, que una labor sembrada de privaciones había acabado por colocar al frente de los negocios, no heredó del padre los hábitos de economía, el amor al trabajo y la tenacidad en el propósito. Educado con liberalidad, amante de los placeres, pródigo y perezoso, las fortunas elaboradas con tanto esfuerzo por sus antepasados se disipan prontamente entre sus manos. No es aquí en donde hay que buscar el personal activo y enérgico que exige la dirección industrial. ¿Lo encontraremos en el mestizo?

El mestizo, se ha dicho, participa de todos los defectos y de escasas virtudes de las dos razas que lo engendraron. El conquistador castellano le ha transmitido su espíritu inquieto y aventurero; el indio su insubstancialidad y su indolencia; la firmeza ante la mala fortuna es quizás producto de ambas fuentes. Audaz, violento, derrochador, ingenioso, y también resignado y sereno ante la adversidad, el mestizo ha paseado su sumisión y su protesta por el turbulento pasado de la República, siendo, á la vez, rebelde y opresor, víctima y tirano.

Los dos grupos, el criollo y el mestizo, encauzados hacia una educación literaria, han fomentado el *parasitismo* nacional, creando una inmensa clase que ha extraído su jugo de la política y del arte, de la discusión académica y de la controversia del problema público, cuando no han llevado su iniciativa al terreno más infecundo de la fuerza. La burocracia ha sido su escuela de vida, y para ella y por ella se han agitado incesantemente. Al abdicar de la obra industrial en manos de los inmigrantes extranjeros, ¿no han dado esos grupos una prueba decisiva de su inhabilidad para apoderarse de la dirección del progreso económico?

Conclusiones.—Fáciles son de desprender las consecuencias que emanan de los elementos del medio físico en relación con el objeto de este estudio. Diversidad de obstáculos naturales se oponen, como queda visto, á la evolución industrial de la República. La destrucción de estos obstáculos impone una gran suma de esfuerzos: grandes obras materiales, desarrollo de energías, acopio de capitales, educación científica, obra lenta y tenaz para eliminar los impedimentos que espontáneamente surgen frente al desarrollo del bienestar nacional.

Fijadas las piezas de soporte de nuestro relato, procedemos á él inmediatamente. Sobre el vasto escenario delineado va á pasar la Historia.

CAPÍTULO II

ÉPOCA PREHISPÁNICA

ÚLTIMA ETAPA DE LA EVOLUCIÓN ECONÓMICA. CARACTERES. INDUSTRIA DOMÉSTICA. LA GUERRA Y EL IMPUESTO COMO AUXILIARES DE LA INDUSTRIA. OTRO AUXILIAR DE LA INDUSTRIA: EL COMERCIO. MERCADERES Y GUERREROS. CORPORACIONES; DIVISIÓN DEL TRABAJO. DESARROLLO INDUSTRIAL; INDUSTRIAS DESTINADAS Á SATISFACER NECESIDADES DE CONSERVACIÓN DIRECTA Y DE CONSERVACIÓN INDIRECTA DEL GRUPO; INDUSTRIAS METALÚRGICAS Y Suntuarias; ARTESANOS Y ARTISTAS; LA FABRICACIÓN DEL PAPEL. ESTADO DE LA INDUSTRIA Á LA LLEGADA DE LOS ESPAÑOLES.

Por incompletos que parezcan los datos que se poseen acerca de los tiempos anteriores á la conquista española, permiten, sin embargo, determinar la última etapa alcanzada por el antiguo México en su evolución económica.